LA PERVIVENCIA Y UTILIZACIÓN HISTÓRICA DEL MITO: LOS CASOS DE CARLOMAGNO Y FEDERICO I BARBARROJA

Máximo Diago Hernando
CSIC, Madrid.

La época medieval fue un tiempo en que en la Europa occidental proliferaron de forma extraordinaria los mitos, pues no en vano entonces lo maravilloso y todo lo que escapaba a la comprensión racional de la realidad ocupaba un lugar en la mentalidad colectiva mucho más importante que el que ha tenido reservado en momentos posteriores de la historia del continente, muy en especial a partir del siglo XVIII, conforme se fueron imponiendo los principios del racionalismo.

Estos mitos se crearon en muchos casos a partir de personajes reales de la historia, que fueron rodeados *a posteriori* de innumerables elementos legendarios que propiciaron que finalmente su imagen terminase quedando totalmente desfigurada en la mentalidad colectiva, al atribuírseles cualidades que no habían poseído en su existencia real. Un mismo personaje histórico con frecuencia dio origen de hecho a múltiples leyendas de muy variado signo, en cada una de las cuales adoptaba un perfil muy diferente, llegando a consolidarse de esta manera como un auténtico mito polifacético.

Los mitos surgieron y se desarrollaron con frecuencia de forma espontánea, pero en bastantes ocasiones también su gestación y difusión fue conscientemente favorecida, e incluso propulsada de forma decidida, por las instancias que con-

trolaban el ejercicio del poder, con el objetivo de contribuir a la consecución de unos concretos objetivos políticos. Y a esta utilización política del mito se recurrió no sólo durante el período medieval sino que, también en fases muy posteriores de la historia de Europa, mitos construidos a partir de personajes históricos del Medievo fueron deliberadamente manipulados con fines políticos. Así ocurrió en concreto con los mitos creados a partir de las figuras históricas de dos de los más destacados gobernantes del Medievo europeo, que ostentaron el título de emperador, y llegaron a ejercer su autoridad sobre amplios espacios del territorio que en la actualidad abarca la Unión Europea: Carlomagno y Federico I Barbarroja. Por supuesto, se trata de dos figuras con perfiles muy diferentes, que desarrollaron su actividad política en dos contextos históricos con muy pocos rasgos en común. Pero ambos dejaron una fuerte impronta en la memoria colectiva de los europeos durante bastantes siglos después de haberse producido su muerte, y su recuerdo fue sometido a un intenso proceso de mitificación que con frecuencia, no sólo durante los siglos medievales sino también en momentos muy posteriores, fue conscientemente manipulado con claras intenciones políticas. Y por esta razón hemos optado por centrarnos en el análisis de estos dos personajes, a pesar de sus profundas diferencias, para ilustrar la práctica de la utilización política de mitos originarios de la época medieval, y su pervivencia hasta la actualidad.

1. EL DESARROLLO DE LOS MITOS DE CARLOMAGNO Y FEDERICO BARBARROJA EN ÉPOCA MEDIEVAL

1.1. Origen y difusión del mito de Carlomagno

Carlomagno fue una de las figuras con mayor proyección histórica en el ámbito de la Europa occidental durante la época medieval, pues no en vano a él le correspondió el mérito, al hacerse coronar en Roma en la Navidad del año 800, de haber puesto las bases para una de las instituciones que más contribuyó a la consolidación de la Europa occidental como ámbito político-cultural con entidad propia: el Imperio. Y, por tanto, nada tiene de extraño que numerosos gobernantes de la Europa medieval se remitiesen a él como a su más ilustre predecesor, y le considerasen el modelo por antonomasia para imitar.

Por otro lado, numerosas obras de literatura, difundidas tanto por vía escrita como por vía oral, contribuyeron con notable eficacia desde el propio siglo IX a que en la mentalidad colectiva de un amplio espacio de la Europa occidental arraigase una imagen legendaria de Carlomagno de perfiles muy diversos según los lugares, los momentos, y los medios sociopolíticos de que se tratase, que por su fuerza llegó a alcanzar la categoría de mito. En efecto, ya en la biografía de Carlomagno escrita por uno de sus contemporáneos, Eginardo, la cual alcanzó una enorme difusión en su época, a juzgar por el elevado número de manuscritos que de la misma se han conservado, abundan los elementos que posibilitaron el posterior desarrollo de la leyenda carolingia, tal como aparece recogida, por ejemplo, en el célebre poema épico de la Chanson de Roland. Y entre estos elementos, con los que las generaciones posteriores fueron creando poco a poco el Carlomagno legendario, se pueden destacar las circunstancias de misterio de que se rodea su nacimiento, sus numerosas victorias y los prodigios que anunciaron su muerte.

Sobre esta base proporcionada por Eginardo otros clérigos continuaron durante el siglo IX asociando elementos maravillosos a la figura del emperador, como por ejemplo Notker, monje de Sankt Gall que hacia el año 883 escribió una obra titulada «Gesta Karoli Magni» en la cual proporciona una imagen de un Carlomagno popularizado e idealizado, rodeado de elementos maravillosos. Y esta tendencia continuó reforzándose en los siglos siguientes hasta llegar a su culminación en el siglo XII, cuando un clérigo del suroeste de Francia compuso en torno al año 1140 una obra titulada *Historia Karoli Magni*, conocida más popularmente con el nombre de «Crónica del Pseudo-Turpín», en la cual la figura de Carlomagno aparece ya plenamente transformada en un objeto de auténtica veneración hagiográfica.

Gracias a estas obras literarias y al desarrollo de múltiples tradiciones locales en diversas regiones de Francia y del Imperio, la figura de Carlomagno llegó a ocupar un lugar muy importante en la mentalidad colectiva centroeuropea en los siglos centrales de la Edad Media. Y por ello resulta comprensible que los poderes políticos tratasen de sacar partido de esta situación, y apelasen con frecuencia a dicha figura histórica, convenientemente mitificada, para ganar adhesiones y justificarse desde un punto de vista ideológico. Fueron en concreto los monarcas franceses de la dinastía Capeta por un lado, y los emperadores alemanes por otro,

los que de forma más decidida procedieron en este sentido, pues no en vano ambos podían aportar sólidos argumentos para demostrar que eran continuadores de la tradición política carolingia. Pero también en otros ámbitos donde esta continuidad era algo más cuestionable se llegó a apelar al mito de Carlomagno con declaradas intenciones políticas.

1.1.1. El mito de Carlomagno al servicio de la consolidación política de la monarquía francesa de los Capeto

La tradición carolingia fue en Francia donde más tempranamente y con mayor solidez enraizó, gracias a que este reino en ningún momento dejó de considerarse a sí mismo como el «Regnum Francorum», y no tuvo por tanto que hacer frente al problema planteado en Alemania de buscar una vía de conciliación de lo «franco» y lo «teutónico». Carlomagno se incorporó en consecuencia muy pronto a la epopeya francesa, en la que le quedó reservado un lugar de honor como héroe épico. Y paralelamente el monasterio de Saint Denis se consolidó como lugar central de culto, exaltación y difusión de su recuerdo, al custodiarse en su iglesia objetos de gran valor simbólico, que se consideraba que habían pertenecido a Carlomagno, como eran su estandarte, la Oriflama, su espada y su lanza, los cuales por ello llegaron a ser venerados como auténticas reliquias. Y como consecuencia la abadía pudo ver consolidado su reconocimiento como cabeza de Francia en un grado que no logró, por ejemplo, la de Westminster, a pesar de ser el lugar de enterramiento del santo nacional de Inglaterra, el monarca anglosajón Eduardo el Confesor.

El proceso que llevó a los monarcas franceses de la dinastía Capeta a fundamentar su autoridad e independencia mediante la apelación a la figura de Carlomagno, mitificada y convertida en objeto de veneración, se desarrolló, sin embargo, de forma lenta. Y así, por ejemplo, todavía en el siglo XII no resultaba infrecuente que en algunos textos historiográficos se rechazase la tesis de la continuidad carolingia en territorio francés, presentándose por el contrario al rey de Alemania como el auténtico sucesor de Carlomagno, según testimonia por ejemplo la Crónica de Morigny.

Este proceso experimentó, sin embargo, una sensible aceleración durante el reinado de Felipe Augusto, quien hizo que la tradición carolingia vinculada al reino de Francia se convirtiese en el verdadero motor de su política, que alcanzó

su culminación en la célebre victoria de Bouvines contra el emperador Otón IV de Brunswick. En efecto, Felipe Augusto supo rodearse de un dinámico grupo de escritores políticos, que se esforzaron por exaltar el ideal carolingio, presentando a Carlomagno como el modelo que se había de imitar, y al mismo tiempo no cesaron de establecer paralelos entre sus acciones y cualidades y las de Felipe Augusto, hasta el punto de llegar a presentar la victoria de Bouvines como un nuevo triunfo de los francos sobre los sajones. Y, por otro lado, también pusieron gran cuidado en resaltar las vinculaciones existentes entre Felipe Augusto y la dinastía carolingia, a través de su madre, Adela de Champaña, y de su esposa Isabel de Hainaut.

De hecho su matrimonio con esta última, perteneciente a una familia emparentada con los carolingios, se llegó a interpretar como la realización de una vieja profecía que había vaticinado que los descendientes de Hugo Capeto no mantendrían en su poder la corona más que hasta la séptima generación. Por lo cual el acceso de Luis VIII al trono francés llegó a ser saludado como «reditus regni Francorum ad stirpem Karoli». Y de esta manera culminó el proceso de utilización del mito carolingio al servicio de los intereses políticos de la monarquía capeta, que recurrió al mismo de forma prioritaria para justificarse como poder independiente respecto al Imperio.

Más adelante también se apeló a este mito para justificar las aspiraciones de esta dinastía a la propia dignidad imperial, pero se hizo de forma circunstancial y no con demasiada convicción. Y en reinados posteriores al de Luis VIII los argumentos relacionados con la tradición carolingia también fueron perdiendo vigor incluso como elementos legitimadores de la monarquía francesa, como bien lo pone de manifiesto el hecho de que el propio Luis IX no llegase siquiera a reivindicar en ningún momento la sucesión de Carlomagno.

1.1.2. El mito de Carlomagno al servicio del proyecto político del emperador alemán: Las ceremonias de canonización del año 1165

Aunque con menor intensidad que en Francia, donde llegó a alcanzar la categoría de héroe épico, también en Alemania el recuerdo de Carlomagno se aseguró pronto un lugar destacado en la memoria colectiva, que mantuvo durante toda la época medieval, sin lograr penetrar, no obstante, en la literatura épica autóctona en que se exaltaba el pasado glorioso de los germanos. Si bien, para matizar

esta última afirmación, también se ha de tener en cuenta que en territorio alemán alcanzaron notable difusión diversas adaptaciones a la lengua autóctona de los grandes poemas del ciclo francés de Carlomagno, entre las que hay que destacar la Rolandslied, además de otros relatos incorporados a novelas populares y poemas caballerescos del siglo XV. Y estas obras contribuyeron sin duda a reforzar la imagen heroica de nuestro personaje entre el pueblo alemán del Medievo.

Esta imagen ya desde muy pronto adoptó tintes claramente legendarios, gracias a la labor desarrollada por los medios eclesiásticos alemanes, que forjaron una leyenda en que se idealizaba la personalidad del primer emperador del Occidente europeo medieval, caracterizándole como el elegido de Dios, propagador insaciable del Evangelio, fundador y benefactor de iglesias y apóstol de los Sajones. Pero, junto a esta imagen idealizada forjada por los eclesiásticos, también alcanzaron notable difusión algunas otras que se desarrollaron en otros ámbitos, entre las cuales habría que destacar las surgidas en medios populares, en las que se incluían elementos legendarios que resaltaban la relevancia de Carlomagno como guerrero.

Esta notable difusión alcanzada por la figura mitificada de Carlomagno en la mentalidad colectiva de los alemanes no dio lugar, sin embargo, a una intensa utilización política de la misma desde fechas tan tempranas como en Francia. Por el contrario, la consolidación de la dinastía sajona al frente del Imperio propició que durante el siglo X Alemania se apartase de forma perceptible de la tradición política carolingia, al concederse preferencia por el contrario a ensalzar el elemento germano autóctono, o incluso, si se prefiere, el más específicamente sajón. Pero, a pesar de que el mito de Carlomagno no fue objeto de intensa utilización en ese período, sí tuvieron lugar algunos episodios que abrieron el camino para el posterior desarrollo de tendencias orientadas en ese sentido. En concreto, desde esta perspectiva hay que destacar el reinado de Otón III, durante el que tuvo lugar un breve renacimiento de la tradición política carolingia en Alemania, que se puso al servicio de una idea imperial con vocación universalista, como complemento de la tradición romana. Y en este contexto de renovación de la idea imperial, mediante apelación a la doble tradición carolingia y romana, se ha de enmarcar la visita que Otón III realizó a la tumba de Carlomagno en Aquisgrán el año 1000, que ha dado lugar a muchas especulaciones y conjeturas entre los investigadores a la hora de intentar explicar su motivación concreta. Robert Folz llegó en su

momento a sugerir la idea de que Otón III, al compartir con sus contemporáneos la creencia precristiana de que el soberano muerto sobrevivía en su tumba, habría acudido a visitar los restos mortales de Carlomagno para tomar contacto con su ilustre antecesor, a través de una ceremonia con cierto carácter mágico, que tendría por objetivo dejarse penetrar por la fuerza que irradiase de sus despojos, a fin de poder estar así en mejores condiciones de dar continuidad a su obra política, que no era otra que la realización del imperio universal.

Cualesquiera que fuesen los motivos reales de la misteriosa visita de Otón III a los restos mortales de Carlomagno, que no conllevó ningún traslado de los mismos a otro sarcófago, como a veces se ha dicho, lo cierto es que ésta dio lugar a que el mito de Carlomagno comenzase a adoptar en el período subsiguiente un perfil cada vez más decididamente mágico, conforme se propagaba la leyenda de que este emperador continuaba actuando desde su tumba como si estuviese vivo. Y, en segundo lugar, contribuyó también de forma decisiva a que su recuerdo se concretizase en la ciudad de Aquisgrán, de forma que poco a poco un importante número de objetos que se conservaban allí y que hasta entonces apenas se habían puesto en relación con su persona, pasaron a serle atribuidos con exclusividad, como ocurrió, por ejemplo con el trono de piedra en que se entronizaba el rey de Alemania, que pasó a ser conocido expresamente como el trono de Carlomagno.

Pero, por lo demás, este episodio un tanto enigmático del año 1000 no tuvo repercusiones políticas inmediatas, ni dejó un recuerdo perdurable, de forma que no pasó de constituir un acontecimiento aislado, que pronto cayó en el olvido, al tiempo que se desvanecían también los sueños de imperio universal de Otón III. Y consiguientemente durante el siglo XI, aunque los emperadores Salios no dudaron en incluir referencias a Carlomagno en los discursos con los que buscaban justificar sus posturas frente a las del Papado, no tuvo lugar una utilización sistemática de su recuerdo o de los mitos construidos en torno al mismo para apuntalar proyectos políticos de cierta relevancia.

En efecto, hubo que esperar hasta bien entrado el siglo XII para que por fin un emperador alemán pusiese en marcha un ambicioso proyecto de exaltación de la figura de Carlomagno, que, siguiendo el modelo francés, persiguiese unos claros objetivos políticos. Este emperador fue Federico Barbarroja, quien, enlazando con la lejana, y ya totalmente olvidada, visita de Otón III a la tumba de

Carlomagno en el año 1000, organizó para la Navidad del año 1165 la celebración de unas solemnes ceremonias, en el transcurso de las cuales se procedió a la canonización formal de este emperador, por un procedimiento ciertamente muy irregular, pero que no impidió que a partir de entonces se desarrollase en muchas iglesias del Imperio un culto a este nuevo santo, que en muchos casos perduró hasta fechas próximas a nuestros días.

De forma un tanto inesperada, en efecto, el día de Navidad del año 1165 se reunió en la ciudad de Aquisgrán una solemne Dieta, en la que por iniciativa de Federico Barbarroja se decidió proceder a la exaltación de las reliquias de Carlomagno, extrayéndolas del sarcófago en que llevaban siglos depositadas, para trasladarlas a un nuevo lugar en el que pudieran ser veneradas por la multitud. Esta ceremonia estuvo indisolublemente unida a la de proclamación de la santidad de Carlomagno, y por ello se trató de rodearla de ciertos elementos maravillosos, de forma que se atribuyó a una revelación divina el haber podido llegar a conocer el emplazamiento exacto de las reliquias. Pues, además, de esta manera se trataba de transmitir el mensaje subliminal de que era la misma Providencia la que a través de esa intervención milagrosa estaba refrendando la decisión del emperador Federico de proceder a la proclamación solemne de la santidad de su ilustre antecesor.

Para la ceremonia del traslado de los restos mortales de Carlomagno se escogió además una fecha de gran valor simbólico, el día 29 de diciembre, dedicado en muchos calendarios germánicos a la fiesta de San David, considerado como prototipo del rey piadoso y sagrado. Y así se trató de traer a la memoria que el propio Carlomagno había renovado la tradición «davidiana», que exaltaba el poder sagrado del soberano como Cristo del Señor, y que era por tanto muy querida por los partidarios de la independencia de la monarquía imperial frente al poder eclesiástico, y más en concreto frente al Papa.

La ceremonia tuvo lugar en presencia de una gran asamblea de príncipes y prelados, que presidió el propio Federico Barbarroja, asistido por el obispo de Lieja, diócesis en que se ubicaba Aquisgrán, y el arzobispo de Colonia, Rainaldo de Dassel , quien había sido consagrado el 2 de octubre anterior , y actuaba como metropolitano. Y acto seguido se celebró el acto de canonización propiamente dicha, con la consiguiente proclamación solemne de la fiesta de San Carlomagno, que quedó fijada para el día 28 de enero. En el transcurso de este acto el empera-

dor dio al parecer lectura a un manifiesto imperial, que reemplazaría a la bula papal que era habitual en tales ceremonias de canonización. Pues en esta ocasión no hubo tal bula, dado que la iniciativa de la canonización había partido del propio emperador, mientras que el Papa Alejandro III, al que aquél no le reconocía como tal, se mantuvo totalmente al margen del proceso[1].

El contenido de este manifiesto imperial nos resulta en parte conocido a través de una versión del mismo contenida en un diploma expedido por el propio emperador Federico el 8 de enero de 1166[2]. En él Barbarroja comenzó recordando que desde su acceso al trono había tratado de seguir los pasos de Carlomagno, su regla de vida y modelo de gobierno, al tiempo que exaltó su figura, presentándole como conservador del Imperio, defensor del orden, y gran evangelizador de los paganos. Y también dedicó unas cuantas palabras a justificar la proclamación de su santidad, que hizo derivar de tres rasgos básicos de su figura: su condición de apóstol, confesor y mártir. Apóstol porque había favorecido a través de su acción política y militar la expansión del cristianismo. Confesor por su fidelidad a la fe cristiana, que rigió todos sus actos a lo largo de su vida . Y mártir por la disposición que siempre manifestó a sacrificar su vida por Dios, si fuese necesario, aunque no la llegó a sacrificar de forma efectiva, como hicieron los mártires propiamente dichos, por no haberlo exigido las circunstancias.

Todo el ceremonial desplegado en Aquisgrán por iniciativa de Federico Barbarroja y sus consejeros en torno a la Navidad del año 1165 fue un acto propagandístico perfectamente planificado, y que respondió a unos claros objetivos políticos, con el cual se llevó a su culminación el proceso de utilización política

---

[1] Ciertamente podría haber expedido la bula Pascual III, el antipapa apoyado por Federico Barbarroja en contra de Alejandro III, pero no consta que lo hiciese, probablemente porque el emperador quiso reservarse para sí mismo todo el protagonismo. Por este motivo se trató de una canonización irregular desde el punto de vista del derecho canónico.

[2] Ofrecemos a título ilustrativo un extracto del texto de dicho diploma, traducido al castellano: «...Por lo cual, haciendo un acto de fe en las obras gloriosas y méritos del santísimo emperador, animado Nos por la petición de nuestro querido amigo Enrique, rey de Inglaterra, con el asentimiento y autoridad del señor papa Pascual, por consejo de todos los príncipes tanto eclesiásticos como seculares, hemos celebrado para elevación, exaltación y canonización del santo emperador una solemne asamblea durante la Navidad, en Aquisgrán, donde se ocultó su santísimo cuerpo por temor a los enemigos, y que gracias a una revelación divina pudimos descubrir. Nos ensalzamos y exaltamos el 29 de diciembre para alabanza y gloria de Cristo, afianzamiento del Imperio y salvación de nuestra querida esposa, la emperatriz Beatriz, y de nuestros hijos Federico y Enrique,...». Vid. Erich MEUTHEN, «Karl der Grosse-Barbarossa- Aaachen. Zur Interpretation des Karlsprivilegs für Aachen», en Wolfgang BRAUNFELS y Percy Ernst SCHRAMM (Eds.), *Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, Band 4: Das Nachleben*, Düsseldorf, 1967, pp. 54-76.

del mito de Carlomagno en época medieval. No se trató, por otra parte, de un suceso aislado, sino que ya contaba con varios antecedentes relativamente próximos que permiten comprender mejor su sentido. En concreto entre ellos hay que destacar las canonizaciones de Enrique II de Alemania en 1146 y del monarca anglosajón Eduardo el Confesor en 1161, a las que se sumó en el mismo año 1165 la de Canuto de Dinamarca. Y también dos ceremonias de traslación de reliquias que habían tenido lugar por estas mismas fechas. La primera, datada en 1144, fue la traslación de los huesos de San Dionisio, santo patrón de Francia, desde la cripta al nuevo coro de la iglesia claustral de St. Dénis. Y la segunda, datada en 1163, fue la exhumación y colocación en un sarcófago en la abadía de Westminster de los huesos de Eduardo el Confesor, dos años después de su proclamación como santo[3].

Todas estas canonizaciones y ceremonias solemnes asociadas a ellas se enmarcaron en un proceso de auge de la figura del santo-rey entre las monarquías de la Europa Occidental, que experimentó un notable impulso durante el siglo XII, como consecuencia del fortalecimiento de los aparatos de gobierno de las monarquías feudales que entonces se produjo[4]. Y el propio Federico Barbarroja pudo haberse inspirado muy directamente en la canonización de Eduardo el Confesor que había promovido hacía varias décadas el monarca inglés Enrique II, puesto que estuvo manteniendo intensos contactos políticos con él en las vísperas del año 1165, y en su discurso durante la ceremonia de canonización de Carlomagno reconoció que ésta se iba a llevar a cabo a petición de su «querido amigo» el rey de Inglaterra.

Por otro lado, junto a estas canonizaciones de monarcas europeos que se sucedieron durante el siglo XII, otro acontecimiento de notable relevancia que sentó un importante precedente para la ceremonia de canonización del Carlomagno del año 1165 fue la traslación que el año anterior, en 1164, llevó a cabo con gran pompa el arzobispo de Colonia, Rainaldo de Dassel, desde Milán hasta la propia Colonia de las reliquias de los tres Reyes Magos, que todavía en la actualidad siguen allí depositadas en un magnífico sarcófago que constituye uno de los principales atrac-

---

[3] Paul BINSKI, *Westminster Abbey and the Plantagenets. Kingship and the Representation of Power 1200-1400*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1995. Sobre las ceremonias del año 1163 vid. p. 94.

[4] Vid. Robert FOLZ, *Les Saints Rois du Moyen Âge en Occident (VIe-XIIIe siècles)*, Bruselas, 1984. Y Jürgen PETERSOHN (Ed.), *Politik und Heiligenverehrung im Hochmittelalter,* Thorbecke, Sigmaringen, 1994.

[5] Vid. H. HOFMANN, *Die Heiligen Drei Könige*, Bonn, 1975.

tivos turísticos de la catedral de esta metrópoli renana[5]. La traslación de dichas reliquias desde Italia a Alemania fue aprovechada, en efecto, por Federico Barbarroja y su círculo de consejeros, con el arzobispo Rainaldo de Dassel a la cabeza, para transmitir el mensaje de que el éxito del emperador al hacerse con la posesión de las mismas proporcionaba una irrefutable prueba de que la dignidad imperial mantenía una relación directa con la divinidad, en contra de lo que pretendía el Papa Alejandro III. Pues argumentaban que los tres Reyes Magos habían sido los monarcas que más próximos habían estado a la persona de Cristo a lo largo de toda la historia, ya que fueron los únicos que acudieron a rendirle adoración. Y, por tanto, si la Providencia había querido que Federico Barbarroja entrase en posesión de sus reliquias, era una buena prueba del trato preferente que le dispensaba, como consecuencia de la vinculación directa que por razón de su dignidad con él mantenía.

La ceremonia de canonización de Carlomagno pudo ser concebida, por tanto, por Federico Barbarroja como complemento y a la vez culminación de la de traslación de las reliquias de los Reyes Magos a la catedral de Colonia que tuvo lugar el año anterior. Y ambas responderían al mismo propósito de reforzar su imagen y la de la dignidad imperial, para hacer frente a los desafíos que contra ella se estaban lanzando desde múltiples frentes, entre los que habría que destacar el del Papa Alejandro III, el del rey de Francia, y, por fin el del propio emperador bizantino.

La elección de la persona de Carlomagno como protagonista de esta operación de imagen se explica precisamente en función de la necesidad de hacer frente a estos desafíos. Pues, de otra forma, resulta difícil explicar que, disponiendo ya Alemania de un monarca canonizado, como era Enrique II, que había sido elevado a los altares en 1146, pocos años después se procediese a canonizar a otro monarca que hasta entonces apenas había despertado veneración religiosa, y que además se hiciese de una forma tan absolutamente irregular desde el punto de vista del derecho canónico. Para explicar esta aparente paradoja basta, sin embargo, tener en cuenta que a Federico I no le bastaba entonces con disponer de un santo-rey que hiciese las funciones de elemento aglutinador para los distintos pueblos germanos sobre los que gobernaba. El objetivo que perseguía era por el contrario mucho más ambicioso, ya que aspiraba a fundamentar sobre firmes bases en el plano de las mentalidades su idea de Imperio universal, y para ello necesitaba tomar como referencia un personaje del pasado con gran valor simbólico, y de una

notable estatura política. Y Enrique II no era una figura adecuada para cumplir con esta función, puesto que no sólo no había contribuido con su actividad política al fortalecimiento de la idea imperial, sino que por el contrario ésta había experimentado un notable retroceso en todos los planos durante su reinado.

Desde la perspectiva del fortalecimiento de la dignidad imperial resultaba mucho más provechoso cultivar el recuerdo de la figura de Carlomagno, el primer emperador germánico, y exaltarla hasta conseguir su conversión en un mito que propiciase el fortalecimiento y la multiplicación de las adhesiones al Imperio y a la persona del emperador. Pues, además, de esta manera se podía conseguir por derivación privar al rey de Francia de los principales argumentos con los que éste había tratado de justificar la independencia de la monarquía francesa frente al poder imperial y a cualquier otro poder temporal, habida cuenta del papel central que se había asignado a Carlomagno en los mismos. En efecto, fue apelando a su condición de legítimos sucesores de este emperador franco, y guardianes de su memoria, cultivada a lo largo de los siglos en el monasterio de St. Denis, como los monarcas franceses de la plena Edad Media trataron de justificar su independencia frente al poder imperial. Y, por ello, el más efectivo procedimiento para contrarrestar esta ofensiva propagandística de la monarquía francesa, que tan directamente amenazaba a la preeminencia de la dignidad imperial, pasaba por apropiarse la figura del Carlomagno y ponerla al servicio del Imperio, convirtiendo la ciudad de Aquisgrán en un centro de exaltación de su recuerdo, que pudiese competir exitosamente con St. Denis. Y esto es lo que hizo Federico I Barbarroja en 1165, con un considerable éxito, puesto que, a pesar de que la canonización de Carlomagno proclamada aquel año no llegó a ser formalmente reconocida por la Iglesia, dada su irregularidad desde el punto de vista procesal, sí que dio lugar a una poderosa corriente de culto hacia este nuevo santo, que tuvo en Aquisgrán uno de sus principales focos de expresión, aunque también arraigó en

---

[6] Vid. Robert FOLZ, *Études sur le Culte liturgique de Charlemagne dons les Églises de l´Empire*, París, 1951. Y «Aspects du culte liturgique de saint Charlemagne en France», en Wolfgang BRAUNFELS y Percy Ernst SCHRAMM (Eds.), *op. cit.* pp. 77-99. Informa este autor que un manuscrito de la biblioteca universitaria de Bonn de hacia 1200 da testimonio de que ya para entonces Carlomagno era objeto de un culto solemne en Aquisgrán, que se concretaba en la celebración de dos fiestas principales: La de la Traslación, el 29 de diciembre, que conmemoraba la exaltación de las reliquias del emperador por Federico I y Rainald de Dassel en 1165; y la del aniversario de la muerte de Carlomagno el 28 de enero. Vid. también M. ZENDER, «Die Verehrung des hl. Karl im Gebiet des mittelalterlichen Reiches», en BRAUNFELS y SCHRAMM (Eds.), *op. cit.*, pp. 100-112.

otros muchos puntos del Imperio[6]. Y, en una primera fase, esta expansión del culto a San Carlomagno a partir del centro de irradiación de Aquisgrán tuvo una declarada significación política, como manifestación de fidelidad a la doctrina imperial de los Staufer, aunque a partir de la Baja Edad Media poco a poco fue perdiendo este carácter, para consolidarse como un culto particular de determinadas iglesias del Imperio, que quisieron rendírselo por considerarle su fundador.

Por lo demás la decisión que tomó Federico I en 1165, aunque obedecía a razones profundas, relacionadas con un proyecto político de amplio alcance, también estuvo motivada por factores coyunturales, y tuvo en parte, por tanto, el carácter de respuesta a una serie de desafíos concretos que este emperador tenía planteados en aquellos momentos. En concreto el más grave lo representaba la radicalización del enfrentamiento con el Papa Alejandro III, que se había agravado tras la elección como antipapa de Pascual III, que tuvo lugar el 22 de abril de 1164, y había contribuido a añadir un nuevo argumento a la rivalidad con Francia, por cuanto el monarca francés Luis VII declaró su obediencia al Papa legítimo Alejandro III. Pero, por otro lado, también hay que tener en cuenta la gravedad de la amenaza que para entonces representaba el emperador bizantino, al haberse reanudado el diálogo para la Unión de las iglesias latina y griega, ya que, de culminar con éxito el mismo, el emperador germano corría peligro de perder su posición de preeminencia en todo el ámbito de la Europa occidental, dado que el de Bizancio continuaba manteniendo la pretensión de ser el único emperador[7]. Y en este contexto, por tanto, toda medida orientada a realzar la figura del restaurador del Imperio en Occidente, sobre todo si conseguía que se le reconociese como un instrumento de Dios en la tierra, resultaba de incuestionable utilidad como argumento defensivo frente a las aspiraciones bizantinas.

Federico I, por lo demás, no limitó su proyecto propagandístico a la exaltación de la figura de Carlomagno, sino que también se esforzó por poner de manifiesto los vínculos existentes entre él y su ilustre antepasado, con el objetivo que los efectos benéficos que irradiase el aura de santidad que rodeaba a aquél le alcanzasen por derivación también a él. Por ello quiso llamar la atención sobre el hecho de que esta vinculación no sólo se daba en el plano jurídico-institucional, por ser él su sucesor al frente del Imperio, sino también en el personal. Y de ahí

---

[7] Llama la atención sobre la incidencia de este factor en la decisión de Federico I de 1165 Odilo ENGELS, *Die Staufer*, Kohlhammer, Stuttgart, 1994, 6º. ed, pp. 89-90.

que varios autores de su entorno insistiesen en algunas de sus obras en recordar su ascendencia carolingia, a pesar de que los vínculos de parentesco que le unían con tan gloriosa dinastía eran más bien endebles, puesto que derivaban del hecho de que los Staufer habían emparentado con los Salios a través del matrimonio del duque Federico de Suabia con Agnés, hija del emperador Enrique IV, y los Salios tenían ascendencia carolingia por línea femenina, según recordó Otón de Freising. Pero este lejanísimo parentesco resultó suficiente para que Godofredo de Viterbo presentase a Federico Barbarroja como «natus ex clarissima progenie Carulorum».

1.1.3. Utilización del mito carolingio en Italia: Carlomagno al servicio de los güelfos

El peso de la memoria de Carlomagno en Italia fue mucho menor que en Francia o Alemania, pero también allí alcanzó cierta difusión su leyenda, en especial durante el siglo XIII, cuando comenzaron a proliferar escritos en que se resaltaba su figura como restaurador del Imperio romano, y se llegaba a hacer de él un representante de los latinos contra el germanismo. En este ambiente tuvo lugar el desarrollo de una corriente de pensamiento milenarista entre los güelfos italianos, partidarios de la causa del Papado frente a la del emperador, que comenzaron a poner sus esperanzas en la llegada de un príncipe, descendiente de Carlomagno, que defendería a la Iglesia e inauguraría con su reinado una era de paz. Y muy pronto algunos se apresuraron a identificar a este príncipe con el hermano del rey francés Luis IX, Carlos de Anjou, a quien saludaron como el digno sucesor de su antecesor Carlomagno, que acudía a socorrer a la Iglesia, entonces todavía amenazada por los últimos representantes del linaje Staufer en Italia.

Esta ideología de inspiración güelfa la podemos encontrar perfectamente expresada en un relato de la batalla de Benevento, del año 1266, que escribió seis años después del suceso Andrés de Hungría, quien presenta la victoria de Carlos de Anjou sobre Manfredo, hijo bastardo de Federico II, como la realización de una antigua profecía que vaticinaba la llegada de un segundo Carlomagno enviado por Dios, de la misma sangre que aquél.

En este mismo contexto histórico, hizo su aparición también un curioso testimonio legendario sobre un supuesto episodio de conquista de Alemania acometida desde Italia por Carlomagno, que aparece recogido en una crónica que debió

ser compilada entre los años 1270 y 1275. Y es muy probable que la aparición de esta leyenda tuviese una clara intencionalidad política, puesto que la pretendida conquista de Alemania por Carlomagno desde Italia venía a tener el carácter de una prefiguración de la empresa que los güelfos italianos entendían que debía realizar Carlos de Anjou.

1.1.4. Pervivencia del mito de Carlomagno en el Imperio bajomedieval: su utilización durante el reinado de Carlos IV

Los sucesores de Federico I Barbarroja al frente del Imperio no mostraron el mismo interés que éste por la figura de Carlomagno a la hora de buscar elementos que contribuyesen a reforzar las bases del poder imperial, a pesar de que en el siglo XIII éste tuvo que hacer frente a desafíos cada vez mayores, que se le plantearon desde múltiples frentes, entre los que habría que destacar el del Papado y el de la cada vez más fortalecida monarquía francesa. Sólo a comienzos de su reinado su nieto Federico II protagonizó un episodio que, a primera vista, parecía anunciar un retorno a las prácticas de su abuelo, cuando el 27 de julio de 1215, apenas transcurrido un año tras la batalla de Bouvines, que había sentenciado su victoria frente al emperador Otón de Brunswick , procedió, en el curso de los actos de su segunda coronación en Aquisgrán, al cierre solemne del sarcófago que encerraba los restos mortales de Carlomagno.

Se trató, por tanto, de una ceremonia que enlazaba en cierta manera con la que en 1165 se había desarrollado en aquel mismo lugar por iniciativa de su abuelo Federico I. Pero, a diferencia de aquélla, apenas tuvo eco político en su momento, y fue considerada como un acto de naturaleza esencialmente religiosa, en cierta medida como una culminación simbólica de la de 1165[8]. Si a Federico II le movió entonces alguna razón de carácter político para propiciar la celebración de tal ceremonia en honor de Carlomagno es algo que resulta difícil de determinar con los elementos de juicio que tenemos a nuestra disposición. Folz ha apuntado la posibilidad de que quizás pretendiese consagrar la victoria de

[8] Después de 1215, no obstante, la fiesta de la Traslación, que se celebraba el 29 de diciembre, desapareció para ser sustituida por una nueva el día 27 de julio, aniversario del acto solemne de cierre del sarcófago por Federico II, a la que se aplicó el nombre de *Translatio Karoli,* al considerarse que tras la ceremonia del año 1215 las reliquias de Carlomagno, levantadas en 1165 de la tumba, habían pasado a reposar en un lugar más digno para ellas. Vid. Robert FOLZ, *Études sur le Culte*... p. 4.

Bouvines, que tanta importancia había tenido para su propio destino personal, mediante un acto a la gloria de Carlomagno, tratando de presentarlo como el vencedor moral de Bouvines. Pero, sea como fuere, lo cierto es que, si hubo intencionalidad política, no fue llevada a sus últimas consecuencias con posterioridad, puesto que Federico II ni siquiera se preocupó en adelante por jactarse de la pretendida ascendencia carolingia de su familia, y puso más interés, por ejemplo, en recordar su parentesco con Santa Isabel, esposa del landgrave Luis IV de Turingia. Por otra parte, la idea de Imperio que él defendió dejó de sustentarse básicamente sobre la tradición carolingia, para pasar a hacerlo sobre el más puro universalismo romano. Y en un Imperio que tenía por centro real Roma e Italia, Carlomagno no podía continuar desempeñando el papel de principal figura legitimadora, como lo había hecho en tiempos de Barbarroja. De manera que, por tanto, la ceremonia del año 1215 del cierre de la caja de Carlomagno en Aquisgrán ha de ser considerada como el último momento de esplendor del recuerdo de Carlomagno en el plano político en el Imperio, tras el cual dicho recuerdo dejó de tener operatividad relevante en este terreno.

Después de la muerte de Federico II, la institución imperial entró en una profunda crisis, de la que nunca más se volvió a recuperar plenamente, aunque subsistiese, transformada y muy debilitada, hasta comienzos del siglo XIX, cuando sucumbió ante los embates de Napoleón, agente de la revolución liberal-burguesa. En estas circunstancias ya no tenía mucho sentido evocar el mito de Carlomagno para llevar adelante una acción política encaminada a conseguir la consolidación de un poder imperial fuerte, como había ocurrido a mediados del siglo XII, en tiempos de Federico Barbarroja, puesto que tal objetivo había pasado a ser una mera quimera. Pero, a otros niveles, la utilidad de dicho mito todavía podía ser notable, para proporcionar argumentos legitimadores a proyectos políticos de alcance más concreto y modesto.

Así se demostró, por ejemplo, durante el reinado del emperador Carlos IV, de la dinastía de los Luxemburgo, monarca que, paradójicamente, desarrolló durante sus años de gobierno del Imperio una política que contribuyó de forma decisiva al debilitamiento del poder imperial, debido a la sistemática enajenación de elementos integrantes del patrimonio imperial por él practicada. Su acción política fue, por tanto, de signo diametralmente opuesto a la que en principio evocaba la figura de Carlomagno. Pero, a pesar de ello, este monarca destacó entre

los emperadores de época bajomedieval por ser el que más énfasis puso en situarse a sí mismo y a la propia dignidad imperial en la tradición carolingia, potenciando el recuerdo de su ilustre antecesor del siglo IX, e incluso la veneración de su persona como santo.

En un primer momento esta política pudo responder a una motivación meramente coyuntural, ya que Carlos de Luxemburgo tuvo que disputar el trono imperial, como candidato apoyado por el Papa, a Luis de Baviera, emperador legítimo que había sido excomulgado y despuesto por este último. Y, puesto que el Bávaro se presentó a sí mismo como el continuador de la tradición de los Staufer, Carlos, por reacción, buscó su principal fuente de legitimación en la tradición carolingia. Una vez consolidado en el trono tras la muerte de su contrincante en octubre de 1347, ya no hubiese necesitado, no obstante, continuar apelando a dicha tradición para justificar su candidatura y, sin embargo, lo hizo con cada vez más convencimiento y decisión. Y procedió así porque estaba convencido de la grandeza de su misión como emperador, y, por consiguiente, le preocupaba el mantenimiento de la dignidad de la idea imperial, que se esforzó por que cristalizase en torno al recuerdo de Carlomagno, su antecesor y homónimo, por el que profesó una profunda veneración, y del cual era descendiente directo a través de los duques de Brabante.

La política de potenciación del recuerdo de Carlomagno durante el reinado de Carlos IV tuvo su principal expresión en la toma de una serie de importantes decisiones orientadas a difundir su culto como santo en el conjunto del Imperio, y más en particular en algunos de sus principales estados patrimoniales, en concreto Bohemia. Y de esta manera puso en marcha un proceso de intensa espiritualización de su imagen, a la que se procuró presentar como símbolo del carácter perenne de la monarquía imperial.

Entre estas decisiones habría que destacar varias que propiciaron la multiplicación de los lugares de culto de San Carlomagno, en emplazamientos, además, de carácter muy emblemático. Así, en 1350 Carlos IV fundó en la ciudad nueva de Praga una iglesia colegial dedicada a este santo, a la que efectuó importantes donaciones. En Ingelheim fundó cuatro años más tarde en el interior de un palacio restaurado en tiempos de Federico Barbarroja, en el que, según una tradición que arrancaba de Godofredo de Viterbo, había nacido Carlomagno, un oratorio en honor del Salvador, y de los bienaventurados Wenceslao, santo patrón de

Bohemia, y Carlomagno. Se trataba, por consiguiente, de un espacio fuertemente cargado de tradición carolingia, en su mayor parte de carácter legendario, puesto que, por ejemplo, incorporaba la creencia de que allí había recibido Carlomagno de un ángel la espada que le sirvió para combatir a los enemigos de la Iglesia, que no tenía otro fundamento que el parecido que la imaginación colectiva encontró entre Ingelheim y «Engelheim», palabra que en alemán significa «hogar del ángel».

Otro lugar muy vinculado al recuerdo y a la leyenda de Carlomagno en el que Carlos IV intervino para potenciar el culto y la veneración del santo emperador fue Frankfurt-am-Main. En efecto, en época medieval circuló una leyenda, de la que se encuentran las primeras huellas en la obra de Thietmar de Merseburg, según la cual Carlomagno, siendo perseguido por los sajones, logró franquear el río Main por un vado que le fue indicado de forma milagrosa por medios sobrenaturales, y por ello este lugar fue bautizado con el nombre de Frankenfurt, «el vado de los francos», atribuyéndose en consecuencia al propio Carlomagno la fundación de la ciudad que llevó este nombre.

Durante el reinado de Carlos IV tuvo lugar la promulgación de la célebre Bula de Oro de 1356, que dejó fijado definitivamente en siete el número de príncipes electores, y dispuso que éstos se debiesen reunir en Frankfurt para elegir al futuro emperador cada vez que la sede quedase vacante. Gracias a ello, esta ciudad, tan unida a la tradición carolingia, pudo aspirar a convertirse, por tanto, en una segunda capital del Imperio, una nueva Aquisgrán, y gran parte de la responsabilidad en este proceso de encumbramiento hay que atribuirla al propio Carlos IV. Él, en efecto, se esforzó por potenciar el resurgimiento de la memoria de Carlomagno en Frankfurt, y abrigó además la idea de colocar bajo el patronazgo de este santo emperador el propio acto electoral, del mismo modo que lo estaban desde hacía siglos los actos de consagración y entronización del rey en Aquisgrán. Con este objetivo se eligió la iglesia de San Bartolomé, la fundación de la cual fue atribuida, como no podía ser de otro modo, a Carlomagno, como lugar donde debía tener lugar la elección de los futuros emperadores. Y, además, se consolidó la práctica de celebrar en ella algunos ritos de entronización del nuevo monarca elegido, entrando así en abierta competencia con Aquisgrán. Estos ritos tuvieron su precedente en la ceremonia religiosa que tuvo lugar cuando la elección de Luis de Baviera, consistente en la elevación de éste sobre el altar

principal de la iglesia de San Bartolomé, al tiempo que se cantaba un Te Deum. Esta ceremonia se volvió a repetir de nuevo en 1349, protagonizada en esta ocasión por el propio Carlos IV, y en adelante se consolidó como práctica habitual, considerada como preludio de la consagración y entronización en Aquisgrán.

Carlos IV, por lo demás, a pesar de que potenció el papel ritual de Frankfurt como segunda capital del Imperio en detrimento de Aquisgrán, no por ello mostró en absoluto desinterés hacia esta última ciudad, sino que también allí intervino activamente para reforzar su papel como centro de atracción de peregrinos, con el objetivo de asegurar el máximo de irradiación posible al culto de San Carlomagno. Por ello fundó en 1362 en la iglesia palatina un altar en honor de San Wenceslao, santo patrón de su reino de Bohemia, acto que probablemente movió pocos años después al rey de Hungría a fundar allí también una capilla nacional.

Y, por fin, al margen de estas actuaciones centradas en la potenciación de los principales lugares vinculados con la leyenda carolingia, Carlos IV también puso en marcha otro importante proyecto en el que la figura de Carlomagno fue utilizada para aumentar el prestigio que debía irradiar la institución imperial de acuerdo con su concepción del Imperio, un tanto arcaica y más preocupada por las formas que por los contenidos. Nos referimos a su política de promoción del culto de las reliquias que formaban parte del tesoro del Imperio, en el que abundaban los objetos que se decía que habían pertenecido a Carlomagno, aunque se trataba de una atribución muy reciente, que no iba más allá de los reinados de Enrique VII y Luis de Baviera. El culto a dicha reliquias llegó a convertirse para este emperador en una verdadera obsesión, que proporciona buena prueba de hasta qué punto estaban en él arraigados los gustos de anticuario, que admiraba la institución imperial, no tanto como entidad dotada de efectivo contenido político, sino como una honorable realidad heredada del pasado, que confería brillo y prestigio.

Carlos IV, en efecto, una vez que tomó posesión el 12 de marzo de 1350 del tesoro del Imperio, que había estado en poder de un hijo de Luis de Baviera tras la muerte de este emperador, ocurrida en octubre de 1347, se apresuró a hacer un uso intensivo del mismo. Y de ahí que muy pronto se movilizase para conseguir que el Papa Clemente VI concediese una indulgencia a quienes asistiesen a la ceremonia de «ostensión» de las reliquias incluidas en dicho tesoro, que se pasó a celebrar todos los años el primer viernes después de Quasimodo en la ciudad de

Praga, a la que por este motivo comenzaron a acudir en dicha fecha muchedumbres considerables.

La revitalización del recuerdo de Carlomagno que tuvo lugar durante el reinado de Carlos IV fue de signo por tanto muy distinto de la que a mediados del siglo XII se puso en marcha por iniciativa del emperador Federico I, aunque en ambos momentos se dio prioridad a la exaltación de su faceta de santo. Barbarroja, en efecto, actuó movido por el afán de alcanzar unos objetivos políticos concretos, que contribuyesen al fortalecimiento de la institución imperial y del poder efectivo del emperador, frente a otras instancias que amenazaban con cercenarlo. Su iniciativa del año1165 fue la de un monarca con ambición de poder que, mediante la conversión de Carlomagno en santo tutelar del Imperio, trató de hacer frente al peligro que representaba el acaparamiento de la figura de este emperador por parte de la monarquía francesa. Con Carlos IV esta preocupación por contribuir a reforzar la institución imperial e incrementar la capacidad de ejercicio del poder del emperador estuvo prácticamente ausente, pues entonces el Imperio era ya un edificio envejecido, vaciado de contenido político efectivo. Por el contrario éste concentró sus esfuerzos en adecentar la fachada de dicho edificio, sin preocuparse por la renovación de sus cimientos, y por ello concedió atención prioritaria a todo lo que pudiese contribuir a mejorar la imagen de la institución imperial, a conferirle brillo y prestigio formal. Y para alcanzar este objetivo nada mejor que la figura mitificada de Carlomagno, convertido en santo y objeto de veneración, que, en este contexto, volvió de nuevo a ser sometido a una sistemática manipulación, pero ya no con el propósito de que contribuyese a la realización de proyectos políticos para el futuro, sino de que permitiese poder mirar con orgullo hacia el pasado.

1.2. El nacimiento del mito de Federico Barbarroja en época medieval

Ya en vida del propio Federico Barbarroja comenzó a gestarse su mito, gracias en gran medida a la activa labor propagandística desarrollada por su tío, el obispo Otón de Freising, quien en sus obras historiográficas se esforzó por presentar a su sobrino como la figura providencial llamada a frenar el proceso de decadencia del Imperio, iniciado a raíz del estallido del conflicto de las Investiduras, y que lograría por tanto evitar el fin del mundo, que parecía inmi-

nente. En efecto, de acuerdo con el planteamiento expuesto por este autor en su «Crónica Universal», tras el fin del imperio romano-cristiano, que era el cuarto en la serie de imperios habidos a lo largo de la historia, ya no podía haber ningún otro, y su desaparición por necesidad debía desencadenar el fin del mundo. Y por ello sólo una regeneración de dicho imperio romano-cristiano podía demorar este fatídico desenlace, y, en su opinión, era su sobrino Federico el que estaba predestinado para poder llevarla a efecto.

Además de Otón de Freising, otros autores contribuyeron en vida de Federico I a que en torno a su figura se gestase una imagen mítica, y entre ellos se ha de destacar al autor anónimo que hacia 1160 compuso en la abadía bávara de Tegernsee el poema *Ludus de Antichristo*, en el cual, al celebrar los triunfos de Barabarroja, proclamó su convencimiento de que al fin de los tiempos, cuando todos los hombres se agrupasen contra el Anticristo en la espera de la Visión Eterna, sería un emperador alemán, otro Federico, quien presidiese esta asamblea extraordinaria.

Habiéndose sentado tan notorios precedentes ya en vida, cabía esperar, por tanto, que, tras su muerte, Federico I ascendiese con rapidez a la categoría de mito, máxime teniendo en cuenta las circunstancias en que la misma se produjo, pues, como es bien sabido, pereció durante la Cruzada cuando atravesaba un río en Anatolia, y, por tanto, sus restos mortales no pudieron ser traídos a territorio alemán, lo cual contribuyó a dar pábulo a las especulaciones sobre dónde se encontraba efectivamente su tumba.

Los sucesores de Federico I al frente del Imperio, y en concreto su hijo Enrique VI y su nieto Federico II, se esforzaron por otra parte en potenciar la imagen del linaje Staufer, presentándolo como el último eslabón de una gloriosa dinastía imperial, que estaba llamado a realizar grandes hazañas en el futuro más inmediato. Pero de este esfuerzo no resultó un significativo encumbramiento de la figura de Barbarroja, que conllevase su consagración como mito, puesto que tanto Enrique VI como Federico II justificaron su acción política con argumentos que miraban más hacia el futuro que hacia el pasado, insistiendo en presentarse como instrumentos para la realización de sucesos profetizados desde hacía tiem-

---

[9] Un breve repaso de estas concepciones en Máximo DIAGO HERNANDO, *El Imperio en la Europa Medieval*, Arco-Libros, Madrid, 1996, pp. 37-41.

po, que iban a representar la culminación de la historia[9]. Ambos estaban imbuidos de la grandeza de su propia misión, y por lo tanto para ellos no resultaba suficiente presentarse como meros continuadores o imitadores de la labor desarrollada por sus predecesores, por muy gloriosos que éstos fuesen. De hecho Federico II, en lugar de apelar a su condición de nieto de Barbarroja, mostró más interés por presentarse a sí mismo nada menos que como miembro de la casa de David, y pariente por tanto del propio Jesús de Nazareth. Esta pretensión fue, en efecto, reflejada en el sermón con el que se saludó a Federico II en 1229, a su regreso de Jerusalén, en la catedral de Bitonto, cerca de Bari, en el que se afirmaba que, del mismo modo que Dios había escogido a Aaron y su famila como sumos sacerdotes, distinguiéndolos así del resto de las tribus, había conferido la dignidad imperial a Federico Barbarroja, distinguiéndolo del resto de los duques alemanes, para que sus descendientes se incorporasen a la casa de David, y permaneciesen en ella para siempre. Y, siguiendo con los paralelismo bíblicos, Federico Barabarroja fue presentado en este sermón como la raíz del árbol de Jessé del linaje Staufer, del que luego surgieron Enrique VI y Federico II, y que terminó dando como fruto más precioso al joven Conrado, rey de Jerusalén[10].

Esta insistencia en presentar la trayectoria histórica de los Staufer como un proceso ascendente, que había de llegar a su culminación en un futuro muy próximo, no favoreció ciertamente que Federico Barbarroja se consolidase como un mito semejante al de Carlomagno, objeto de imitación y veneración constante. Durante la segunda mitad del siglo XIII las circunstancias se alteraron ciertamente de forma drástica, una vez que se consumó la definitiva derrota de los Staufer frente al Papado y su principal aliado, Carlos de Anjou, que precipitó la extinción biológica del linaje. Y a partir de entonces se inició una competencia entre Federico I y su nieto Federico II por alzarse a la categoría de mito de referencia para quienes continuaron soñando con una restauración del imperio medieval en toda su grandeza, o, en negativo, para los valedores del Papado, preocupados por hacer frente a las amenazas que se precipitaban sobre el poder temporal de esta institución.

En efecto, durante los siglos bajomedievales circularon muchas leyendas de corte milenarista, que tenían como protagonista a un emperador de los últimos

[10] Odilo ENGELS, *op. cit.*, pp. 175-6.

tiempos que, según las inclinaciones políticas del difusor de la leyenda, era presentado unas veces como perseguidor y otras como restaurador de la cristiandad, o más en concreto de la Iglesia y el Papado. Tal emperador era habitualmente identificado como un nuevo Federico, y a veces incluso se quiso hacer creer que sería uno de los dos emperadores Staufer de este nombre, por regla general el segundo, que sobrevivía oculto en alguna parte, como por ejemplo el cráter del Etna, y debía retornar para culminar su misión en la historia, que en las versiones «gibelinas» de la leyenda no era otra que la de regenerar a la Iglesia y obligar al Papado a la vuelta a la vida de pobreza evangélica.

No obstante se generó una gran confusión a la hora de determinar con precisión si este emperador «durmiente» que había de volver a culminar su misión en la tierra era Federico I o su nieto Federico II, pues aunque en un primer momento el recuerdo de este último, y de su radical enfrentamiento con el Papado, por estar más próximo hizo inclinar la balanza a su favor, sobre todo en Italia, con el paso del tiempo, conforme esta leyenda fue arraigando en Alemania, la figura de Federico I fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo, hasta el punto de que terminó desplazando a la de su nieto en momentos posteriores al Medievo.

En efecto, en el transcurso de los últimos siglos medievales fue tomando cuerpo en territorio alemán la leyenda del emperador que nunca había muerto y se encontraba oculto en una montaña, sentado entre sus caballeros en una mesa de piedra, en espera de un día en que saldría para liberar a Alemania de la esclavitud y auparla al primer puesto que le estaba reservado en el mundo. Y, dado que Federico II fue un monarca mucho más italiano que germánico, poco a poco se fue consolidando como protagonista de esta leyenda su abuelo Federico Barbarroja, soberano que tenía en su haber el restablecimiento del orden y la autoridad en Alemania y la imposición del dominio alemán en Italia, y que además había encontrado la muerte camino de Jerusalén al frente de una cruzada alemana.

La montaña donde se encontraba el emperador «durmiente» según esta leyenda tendió a ser ubicada en el transcurso del siglo XV en el ámbito geográfico de Turingia, y más en concreto en el entorno del macizo de Kyffhäuser, que fue propuesto en 1416 por el cronista de la ciudad de Lübeck, Hermann Korner. Más adelante el turingio Johannes Rothe sostuvo que el emperador dormía en el propio Kyffhäuser, y a partir del siglo XVI se consolidó la idea de que lo hacía en el interior de la montaña.

Todavía entonces se consideraba de forma mayoritaria que este emperador «durmiente» era Federico II, pero poco después, en 1519, por primera vez un médico de Schaffhausen, Johannes Adelphus, en una biografía de Federico Barbarroja que apareció publicada en Estrasburgo sostuvo explícitamente que era éste el durmiente del Kyffhäuser[11]. Y a partir de entonces empezó a reinar una cierta confusión en torno a la identidad del Federico que residía en la montaña turingia, aunque finalmente se terminó imponiendo la candidatura del abuelo frente a la del nieto, como podremos comprobar a continuación al dar cuenta del proceso de resurgimiento del mito de Barbarroja en Alemania durante el siglo XIX.

2. PERVIVENCIA Y UTILIZACIÓN DE LOS MITOS DE CARLOMAGNO Y FEDERICO BARBARROJA DESPUÉS DE LA EDAD MEDIA

2.1. Potenciación del mito de Federico Barbarroja por el romanticismo nacionalista alemán del siglo XIX

El nacionalismo alemán del siglo XIX, de marcado signo romántico, que comenzó a desarrollarse a partir de las luchas de liberación contra la ocupación napoleónica, volvió sus ojos de forma decidida hacia la figura mitificada de Federico I, considerado como el emperador más alemán de todos los del Medievo, propiciando una exhaustiva utilización de la misma con fines en muchos casos declaradamente políticos.

En concreto la versión mitificada de la figura histórica de este emperador del linaje de los Staufer que mayor difusión alcanzó en la Alemania decimonónica fue la asociada a la leyenda del emperador durmiente, que nunca había llegado a morir, y permanecía expectante en una gran sala subterránea, localizada según el punto de vista dominante en el macizo de Kyffhäuser, en Turingia[12]. Esta leyenda alcanzó extraordinaria difusión en la segunda mitad del siglo XIX a través de la obra poética de Friedrich-Johann Rückert, muerto en 1866, y autor de una célebre y popular

[11] Odilo ENGELS, *op.cit.*, pp. 196-7.

[12] Vid. L. BECHSTEIN. *Die Sagen des Kyffhäusers*, s.l. 1835.

balada, que elevó a Barbarroja, identificado como el emperador durmiente, a un lugar de excepción entre las glorias germánicas y los héroes de la patria alemana.

Pero esta versión del mito de Federico Barbarroja no sólo encontró acogida en el terreno literario, sino que tuvo también una importantísima aplicación en el terreno político, gracias a que fue tomada como argumento central de algunas de las ceremonias patrióticas que proliferaron en Alemania en las últimas décadas del siglo XIX, tras la victoria sobre Francia en la guerra de 1870, y la culminación de la unificación alemana. Se trataba de ceremonias orientadas a la exaltación del ideal nacionalista, y a la glorificación de la nueva dinastía imperial de los Hohenzollern, y más en concreto de Guillermo I, quien era presentado como el sucesor directo de Federico Barbarroja , el emperador medieval que se consideraba que encarnaba todas las virtudes del pueblo alemán, y que, después de haber estado durmiendo durante siglos, retornaba ahora a la superficie de la historia en una nueva encarnación.

Este mensaje alcanzó su máxima expresión simbólica en la construcción de varios monumentos dotados con un programa iconográfico con declarado propósito propagandístico, en los que se trataba de llamar la atención sobre supuestos vínculos existentes entre Federico Barbarroja y Guillermo I. Este fue el caso, por ejemplo, del palacio imperial que se construyó en Goslar en estilo neorrománico, el cual se encontraba flanqueado por dos grandes estatuas ecuestres, una de Barbarroja y otra de Guillermo I, y albergaba en su sala de honor unos frescos románticos que narraban las gestas de Federico I y le exaltaban, presentándolo como el más alemán de los emperadores de todos los tiempos.

Mucha más carga simbólica que el palacio de Goslar tuvo todavía el colosal monumento ecuestre de Guillermo I que se erigió en la cima de la montaña turingia del Kyffhäuser, donde, según la leyenda, se presumía que se encontraba durmiendo Federico Barbarroja. Pues por medio de dicho monumento se pretendió transmitir el siguiente mensaje subliminal: que el emperador durmiente que, según la leyenda, residía desde hacía siglos en el interior de dicha montaña había por fin despertado, reencarnándose en la mismísima persona del emperador Guillermo I.

Por supuesto, cuesta admitir que a finales del siglo XIX, cuando el pueblo alemán estaba efectuando notables contribuciones al progreso de la humanidad a

través de sus grandes logros en los ámbitos de la ciencia y de la técnica, se admitiese la veracidad de esta leyenda, que ya en el propio siglo XVIII había sido sometida a una crítica destructora mediante la utilización de los instrumentos de la razón. De hecho disponemos de testimonios que demuestran que en ciertos ambientes de la Alemania del siglo XIX el rechazo hacia la leyenda y todo lo que representaba era muy fuerte, y entre ellos habría que destacar los versos satíricos que Heinrich Heine le dedicó en su poema *Deutschland. Ein Wintermärchen*. Pero ante la fuerza arrebatadora de los principios irracionales del nacionalismo de raíz romántica que se desarrolló en Alemania en ese siglo, y la sofisticación del aparato propagandístico puesto en funcionamiento por la dinastía Hohenzollern para consolidar su posición política en el Imperio recién construido sobre el mosaico de estados que lo conformaban, estos adalides del racionalismo no consiguieron imponer sus puntos de vista. Y por ello, aunque por un lado los científicos y técnicos se esforzaban por sacar el máximo provecho de la mentalidad racionalista, y contribuían decisivamente con sus logros al progreso económico de la nación alemana, que fue extraordinario en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX, por otro en el plano de la conciencia histórica y la mentalidad colectiva se imponían los principios irracionales, y se consolidaban los mitos. Y de esta combinación de destreza científica y técnica por un lado, y visión irracional del mundo, por otro, resultaron los desastres de todos conocidos que asolaron al continente europeo en la primera mitad del siglo XX.

Pero, volviendo a la cuestión de la utilización del mito de Federico Barbarroja como emperador durmiente al servicio de los proyectos políticos de Guillermo I y su dinastía, hemos de recordar que las actuaciones en la montaña de Kyffhäuser no se limitaron a la construcción del monumento ecuestre al que hemos hecho referencia, sino que dicho paraje fue utilizado también como escenario privilegiado para la celebración de una serie de ceremonias de signo patriótico, de gran valor simbólico y propagandístico. En efecto, hacia el año 1897 se constituyó una Liga para la organización de ceremonias sagradas sobre el Kyffhäuser» (Kyffhäuserbund), que eligió a esta montaña como su centro de actividades, convirtiéndola, en palabras de Franco Cardini, en un auténtico centro sacro del culto federiciano, en un espacio místico y mágico donde se desarrolla-

[13] Franco CARDINI, *Barbarroja: vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Barcelona, Península, 1986, p. 292.

ban ceremonias patrióticas que tenían el carácter de verdaderas liturgias laico-militares» [13]. Y de esta manera se hizo posible que el mito de Federico Barbarroja continuase ejerciendo fascinación sobre el pueblo alemán, en un clima favorable debido al auge de la neurosis nacionalista, que se impuso sobre la sátira corrosiva de autores de talla intelectual tan notable como Heinrich Heine.

Por otro lado, además, algunos de los más destacados intelectuales y artistas de la Alemania del siglo XIX se adhirieron a esta corriente exaltadora del mito de Federico Barbarroja, y entre ellos habría que destacar al propio Richard Wagner, quien, en una obra que nunca llegó a finalizar, se esforzó por poner en relación a los Staufer con los Nibelungos, jugando con la lejana asonancia que une a las palabras Weiblingen y Nibelungen. Y, llevando al extremo este afán, llegó a hacer de Barbarroja el eslabón perdido de la cadena que unía al mito con la historia, presentándolo como un descendiente directo de Sigfrido, e incluso a veces como un Sigfrido renacido[14]. En rigor, sin embargo, la única relación entre el emperador y este héroe del ciclo poético de los Nibelungos, en el que se exaltó a Germania y a sus viejos mitos, presentando al héroe germánico adornado de las altas virtudes de la raza guerrera, deriva del hecho de que dicho ciclo poético fue elaborado durante el período en que Barbarroja estuvo al frente del Imperio. Pero no cabe duda de que los logros políticos y militares de este emperador sí que contribuyeron de forma decisiva a que se desarrollase el sentimiento de orgullo colectivo que propició el surgimiento de la referida epopeya germánica. Y sólo desde esta perspectiva resulta justificado establecer algún tipo de vínculo entre el personaje histórico y el poético.

En cualquier caso la imagen idealizada y mítica de Barbarroja que quedó impresa en la mentalidad colectiva de los alemanes del siglo XIX no fue la única que circuló en el continente europeo en dicho siglo, sino que también se forjaron entonces algunas otras con rasgos muy diferentes. Y, entre ellas, habría que destacar también por sus evidentes implicaciones políticas la que se difundió en los medios nacionalistas italianos, que presentaron a este emperador como el tirano opresor de Italia, contra el que se levantaron las ciudades de la Liga lombarda en un acto que fue considerado como un precedente de la guerra de independencia italiana contra el Imperio Austro-Húngaro, y el primer capítulo, por tanto, de la lucha de liberación nacional contra el dominio extranjero.

---

[14] Franco CARDINI, *op. cit.*, p. 291.

2.2 El mito de Carlomagno al servicio de las ideologías nacionalistas en Francia y Alemania y de la ideología europeísta en la actualidad

La figura histórica de Carlomagno ha proporcionado un punto de referencia clave para las historias nacionales de dos países europeos de enorme peso político en el ámbito de Europa occidental, Francia y Alemania, y como tal también ha sido utilizada, transformada en mito, para reforzar visiones de la historia de estos dos países de exacerbado carácter nacionalista. En efecto, durante bastante tiempo, y con evidente enconamiento a lo largo del siglo XIX, cuando alcanzaron su máximo desarrollo las corrientes nacionalistas en Europa, se ha insistido en enfatizar el carácter latino o germánico del imperio resurgido por obra y gracia de Carlomagno en el año 800. De esta manera franceses por un lado y alemanes por otro buscaban asentar sobre un glorioso fundamento el origen de su respectiva nación, a veces incluso con el objetivo de justificar de este modo sus aspiraciones a la hegemonía en el continente europeo. En efecto, entonces todos compartían la idea de que Carlomagno había sido el creador de Europa, como realidad geopolítica y ámbito de civilización, pero no estaban dispuestos a admitir que esta construcción hubiese sido resultado de un esfuerzo conjunto de germanos y latinos, eficazmente coordinado por un poder político en el que confluían ambos mundos, y que en rigor por tanto no podía ser adscrito al uno ni al otro. Por el contrario, en el ambiente de nacionalismo exaltado del siglo XIX, que se prolongó durante gran parte del siglo XX, Carlomagno era identificado o bien como francés o bien como alemán, de forma que sus logros pudiesen incorporarse al acerbo de la respectiva nación, justificando así de paso sus aspiraciones a la hegemonía en Europa.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la división de Alemania y la creación del Mercado Común Europeo propiciaron un nuevo acercamiento entre franceses y alemanes, que favoreció un replanteamiento de la historia común de ambos pueblos durante época altomedieval. Y, como consecuencia, en adelante se trató de poner menos énfasis en la búsqueda de los elementos diferenciadores de cada una de las dos naciones en dicha época, para resaltar en contrapartida bastante más la existencia de elementos comunes y compartidos por ambas. Y una de las figuras históricas que como consecuencia de este cambio de enfoque pasó a ser percibida de una forma más radicalmente novedosa fue precisamente la de Carlomagno, que

en lugar de ser presentado bien como rey de Francia o bien como rey de Alemania pasó a ser elevado a la condición de padre fundador de Europa.

En efecto, éste es un calificativo que encontramos profusamente empleado en los libros de historia publicados en los últimos años, y que ha sido incorporado al título de alguna reciente biografía suya, como es el caso por ejemplo de la de Alessandro Barbero[15]. Ciertamente su utilización puede justificarse con el argumento de que ya fue empleado por algún contemporáneo del propio Carlomagno, como el poeta anónimo de Paderborn que hacia el año 800 comenzó a componer un pequeño poema en hexámetros latinos, al que los copistas han puesto por título *Karolus Magnus et Leo papa*, en el cual saludó a Carlomagno como *rex pater Europae*, presentándole como sucesor de los emperadores romanos, que reinaba en Aquisgrán como en una segunda Roma[16]. Pero no cabe duda de que el sentido de estos términos a comienzos del siglo IX no era el mismo que el que se les da en la actualidad, en un escenario marcado por el proceso de construcción política de la Unión Europea. En efecto, entendemos que la caracterización de Carlomagno como padre de Europa en los momentos actuales tiene bastante de «oportunista», y representa una variante más del viejo procedimiento de reconstruir el pasado en función de los intereses políticos del presente, de un modo esencialmente acrítico. Por lo cual todo apunta a que nos encontramos de nuevo ante un proceso de creación de una variante más del mito de Carlomagno, en este caso al servicio de una ideología «europeísta», que es la que en la actualidad mayor eco encuentra en los medios de comunicación de masas, y la que aparentemente ha logrado aglutinar en torno a sí mayor consenso político. De modo que aquí tenemos la mejor prueba de cómo mitos creados en el Medievo en torno a personajes históricos que vivieron en dicha época han podido pervivir con fuerza hasta la actualidad, aunque qué duda cabe de que en la mentalidad del europeo medio de comienzos del siglo XXI dichos mitos ocupan un lugar secundario frente a los construidos a partir de personajes más recientes, procedentes en su mayoría del mundo del espectáculo.

---

[15] Alessandro BARBERO, *Carlo Magno. Un padre dell´Europa*, Roma-Bari, 2001 (traducción en Ariel, Barcelona, 2001).

[16] Vid. Alessandro BARBERO, *op. cit.* p. 8.